Black.Smoking.Angel [Español] (/en/story/92092/black-smoking-angel-espanol/)

Donate to this author
(/en/story/payment/92092/)

ADVERTISEMENT

Follow story •••

24 / 30 chapters

33min 23s reading time

ADVERTISEMENT

< Capítulo Veintidos: Solo IV (/en/story/92092/chapter/capitulo-veintiuno-solo-iii-1601174/)

Diciembre, 2024

Tenía ambas manos atadas en la espalda. El duro respaldar de aquella oxidada silla metálica se hundía sobre la parte superior de mi espalda, molestándome con cada movimiento que hacía. Me lamí el labio

inferior y percibí un intenso sabor a hierro. Mi rostro entero dolía, y casi estoy seguro de que debía verse completamente desfigurado. Intenté soltar un quejido, pero la falta de humedad no hacía más que lastimar mi garganta cuando intentaba profesar sonido alguno. Algún ruido de goteo sonaba en la habitación, pero ni la escasa iluminación ni la hinchazón alrededor de mis ojos me permitían determinar exactamente de dónde provenía.

Un tosco puñetazo en mi pómulo izquierdo me hizo perder el conocimiento por una fracción de segundo, y el único motivo por el que no caí al suelo fue la cuerda que sostenía mi abdomen contra la silla. Mi vista bajó hacia el suelo, donde pude ver una incontable cantidad de gotas de sangre; mi sangre. Algunas húmedas, otras ya secas. Si hacía que mi vista escalase por mis piernas, podía ver las mismas gotas adornando mis descalzos pies y mis pantalones. Respirando con suma dificultad, levanté la cabeza. Me costó mucho retomar el foco de mi visión

para poder distinguir lo que tenía frente a mí.

Un calvo sobándose los nudillos de la mano derecha, soltando insultos en voz baja. Eran tres hombres en total, todos ellos llevaban cada uno un arma en la cadera. Se tomaban turnos para golpearme. El más vicioso de los tres llevaba una Colt .45, eso lo recuerdo bien.

Otro puñetazo, en el pómulo contrario. Otro más, en la quijada, y otro más, en el estómago. Escupí una mezcla de saliva, sangre y bilis sobre mis muslos. No tuve ni el permiso de recuperar el aliento, puesto que esa misma mano me tomó por el cabello y me obligó a enderezar la espalda.

"Lo vas a matar, Rico".

"Voy a matarlo si no habla".

"Entonces dale de una vez un tiro en la frente y deja de hacernos perder el tiempo. Es más fácil decir que no pudimos sacarle nada y quitarnos el problema de encima de una vez. Llevamos haciendo esto casi dos días".

"No... ¡todavía no!".

Otro golpe en el rostro. Nadie nunca me había golpeado tan fuerte como ese animal hijo de puta. Me pegaba tan fuerte que casi podía sentir como cada golpe me quitaba horas de vida.

El tercer hombre, parado cerca de la única entrada a aquella habitación sin ventanas, suspiró al verme escupir sangre una vez más. Tenía el rostro lleno de cicatrices y llevaba puesto un gorro de lana. Luego habló.

"No sabe nada".

"¿Qué te hace estar tan seguro?".

"Míralo. Casi 48 horas de interrogatorio sin parar. Sin comida ni bebida, y ni siquiera le hemos permitido dormir. Sin embargo, todo lo que ha largado por la boca han sido insultos, quejidos, vómito y sangre".

Ese tal Rico me tomó por el flequillo y

empujó mi cabeza hacia atrás, preparándose para darme otro golpe más.

"Estos soldados sin patria no tienen lealtad, Rico. Si en verdad supiese algo, hace rato nos hubiese revelado el escondite de sus compañeros".

Mis ojos vagaron desde el calvo hacia el hombre de las cicatrices. Junté tanta fuerza como pude, y hablé.

"Tú... tú eras... Laurent ¿no? No soy un... apátrida".

Rico soltó mi cabello y, en su lugar, me propinó una patada en el pecho con la planta del pie derecho la cual me tiró al suelo con silla y todo. Tosí violentamente, girando el rostro para no ahogarme con mis propios fluidos.

"¡Ya te dije antes que no quiero escucharte hablar si no es para decir algo que queramos escuchar!"

En eso que intentaba retomar el aire que perdí al ser mis pulmones violentados, litros de agua sucia cayeron sobre mi cabeza de improvisto.

"Suficiente, Rico".

El segundo hombre se había acercado a mí cuando lo perdí de vista. Arrojó hacia un lado un balde vacío y levantó mi silla para sentarme una vez más. Vi a Rico alejarse refunfuñando y comencé a lamer la misma agua que goteaba por mi rostro, necesitaba desesperadamente hidratarme.

"Vamos a hacer esto más fácil".

"No tenemos órdenes de matarlo, Flavio".

"No voy a matarlo. Él va a suicidarse".

Ese segundo hombre era más delgado que los otros dos. Pálido, de cabello negro y con unos ojos de un color extraño, como

si fuesen grises.

"Nos dijiste tu nombre antes. ¿Alex?".

Procuró un banquillo y se sentó frente a mí, a tan solo un metro de distancia.

"... Alez".

"Claro, Alez. Mira, Alez, tanto nosotros como tú estamos hartos de esto. Veníamos de una misión bastante larga y complicada y, cuando por fin íbamos a poder parar a descansar, el Ahri nos pidió que amablemente te hagamos algunas preguntas".

"¡Flavio!".

"Calma, Laurent. Déjamelo a mí".

No sabía en ese entonces qué era lo que había hecho sobresaltar al tipo del gorro de lana.

"Si por mí fuese, hace rato estarías ya enterrado en un pozo criando gusanos. Por

desgracia, mis compañeros y yo no opinamos igual. Sin embargo... ellos ya tuvieron su oportunidad de hacerte hablar".

Paseó la vista por los otros dos, quienes no le devolvieron la mirada, y continuó.

"Afortunadamente para mí, el Ahri me tiene más estima que a ellos dos, así que los tres sabemos que si decido deshacerme de ti el jefe no va a molestarse demasiado. Lo que quiero decir es...".

Ante mis aletargada vista, Flavio tomó el revolver de su cadera y expuso el tambor. Estaba vacío.

"Serás tú quien decida como termina este interrogatorio".

"...".

"Esta pregunta es gratis, de cortesía. ¿Quieres que te mate ahora mismo y terminemos con esto? Será una muerte rápida e indolora, y todos nos iremos

felices a casa".

Sin poder dejar de ver el arma en sus manos, negué suavemente con la cabeza. El hombre asintió.

"Bien. Entonces comencemos".

Dejó el revolver en el suelo y buscó algo dentro de uno de los bolsillos laterales de sus pantalones de combate. Una vez estuvo seguro, sacó dos balas que, a la vista, eran idénticas. Me las enseñó y se dejó una en cada mano.

"Solo una de estas dos municiones tiene un fulminante. Elije, tu destino está en tus propias manos, Alez".

Me quedé boquiabierto por unos instantes. No lograba comprender si se trataba de otro truco para hacerme hablar, o si de verdad estaba dispuesto matarme de una manera tan ruin. Vi lado a lado cada una de las balas, intentando encontrar algo

que pudiera diferenciarlas y darme una pista acerca de cual era la funcional y cual no, pero en mi estado no lograba enterarme de nada.

La mirada de Flavio era inexpresiva e inerte, como la de quien compara precios en una tienda de electrónica.

"¿Qué ocurre? ¿Debería elegir por ti?".

"Izquierda".

Dije y tragué saliva. Empecé a sudar. Sentí las gotas de transpiración mezclarse con la tierra y la sangre en mi rostro.

Cuando lo vi introducir la munición en el alveolo, mis manos se empezaron a mover por sí solas, intentando inútilmente liberarse de sus ataduras. Incluso mis pies bailaban algún tipo de desesperada danza. Necesitaba saltar sobre él y detenerlo, no podía haber llegado tan lejos para dejarme matar en un juego tan estúpido.

Cerró el tambor y bajó el martillo con una tranquilidad tan envidiable que casi me hizo tener ganas de gritar. Sin más,

apoyó la empuñadora del revolver en su rodilla, apuntando el cañón hacia mi cabeza.

"Déjame explicarte de qué va a esto. Voy a hacerte una pregunta, y tú vas a responderla. Si en algún momento te quedas callado o siento que me estás mintiendo, voy a disparar. Llegado a ese punto, si vives o no habrá sido tan solo a causa de tu propia elección. Tienes un solo una vida para usar en caso de que tu mismo sientas que la estas cagando".

"Enfermo. Estás... enfermo".

"Primera pregunta".

Ni Laurent ni Rico parecían interesados en aquel macabro juego; era algo que habían visto docenas de veces antes.

"¿Quién eres? Quiero la historia completa".

"...".

"¡Habla!".

Me mordí con fuerza para detener el temblequeo de mis labios y dejé salir mi voz.

"Alez Braviel. Veinticuatro años. Austríaco. H-hasta hace dos años era un soldado del ejército austríaco. Defendíamos una base en Italia c-cuando... cuando fuimos atacados por fuerzas de Amere. Casi todos murieron. O todos. No lo sé. Yo escapé. D-desde entonces ando solo. Solo busco algo para comer y un refugio. No-".

El martillo del arma bajó con fuerza cuando Flavio accionó el gatillo. No hubo deflagración, la bala no salió. Sentí mis pulmones paralizarse, y solo pude volver a respirar una vez el cañón dejó de apuntar a mi cabeza.

"A-ah..."

Me relajé sobre el asiento y tomé una

gran bocanada de aire. Ya no había nada que pudiese hacer que todos los músculos de mi cuerpo dejaran de temblar sobre la silla. Mis dientes chocaban entre sí, y yo respiraba entrecortadamente inseguro de si debía de estar feliz por no haber muerto ahí mismo o aterrado de saber que el interrogatorio continuaría.

"Suertudo..."

Abrió el revolver una vez más y dejó caer la munición inerte. Tomó otras dos balas y repitió el proceso.

"N-no. Basta. Estás enfermo. Estás enfermo. Esto es una locura, es...".

"¿Quieres que lo termine de una vez?".

"¡No! ¡No es eso!".

"Elije".

No quería ver las balas en sus manos. Lo miré a los ojos y hablé en el tono de voz más débil que escuché jamás salir de mi

boca.

"Derecha...".

Munición cargada. Volvió a tomar la misma posición de antes.

"No te creo cuando dices que estabas buscando algo para comer. Si en verdad no eres un apátrida, eso significa que te pusiste de su lado en aquel enfrentamiento. ¿Cómo explicas eso?".

Volví a tragar saliva y empecé a hablar una vez más. Mis palabras salían tan rápido que incluso a mí mismo me costaba entenderlas del todo.

"¡V-vi una oportunidad! Los vi perdiendo y... no, desde el principio. Andaba por las cercanías de Belgrado y escuché los disparos. Me acerqué y vi que ninguno de los dos bandos tenía muchos efectivos. En- en base a mi experiencia sé que los apátridas suelen estar mejor

armados. Tan solo pensé en... en matar a algunos Amere, tomar provisiones y huir. Pensarían que murieron en el enfrentamiento y yo podría escapar sin más. No iban a perseguirme. Era... es, es solo la lógica de sobrevivir ahí fuera. Acabé con unos... dos, o tres que estaban separados del resto. Tomé algunas de sus cosas y me alejé. No quería-".

Escuché una vez más ese aterrador ruido del martillo percutando y mi cuerpo entero se encogió del susto. Solté un grito ahogado y posteriormente un insulto, y levanté mi vista al techo mientras expulsaba todo el aire en mi sistema respiratorio.

"Dos veces seguidas. Muy bien".

Sin reparo, Flavio repitió el juego una vez más. Me tomó algo de tiempo recuperar el habla.

"... derecha".

"Bien, entonces... tu relato se condice, más o menos, con los reportes de la misión, pero hay una discrepancia. Alez, mataste a siete efectivos de Amere. Aparentemente, tú solito. No es algo menor. Nos lleva a pensar que ibas acompañado de una o dos personas más."

Vi, por el rabillo del ojo, a Laurent encender un cigarrillo.

"O... tal vez sus soldados son simplemente así de inútiles".

No sé de dónde saqué el coraje para soltar ese comentario, pero Flavio tan solo soltó un resoplido, cargando la bala en el revolver mientras asentía con la cabeza.

"Sí, también puede ser eso".

Esta vez me apuntó directamente al rostro.

"Tercera pregunta. Si eres tan hábil combatiendo, ¿por qué no ir directamente por los apátridas? Tú lo dijiste, suelen estar mejor armados. Si querías provisiones, acabar con un par de ellos por la espalda era sin duda la mejor opción".

"...".

Sabía la respuesta que esperaba. No, más bien, sabía que ninguna respuesta a aquella pregunta iba a convencerlo. Era una encerrona. Si mentía, necesitaría explayarme para crear un escenario en el que aquella mentira fuese convincente, y eso mismo sería lo que me delataría. No había manera de escapar de aquella pregunta. La boca del cañón se borroneó ante mi, y solo pude enfocarme en esos grisáceos ojos que me veían con un notorio rastro de puro desdén.

Suspiré en silencio.

"Porque disfruto cada vez que le quito la vida a uno de ustedes".

Tras pocos segundos, Flavo sonrió.

"¡Uso la vida!".

Dije en el mismo hilo de voz.

Él apuntó el arma a la pared detrás de mí y disparó. El ruido del disparo fue suficiente para hacerme estremecer, pero tan solo el hecho de estar aturdido me traía en sí mismo el alivio de saber que seguía vivo.

"Ahora solo la suerte está de tu lado, Alez".

Buscó dos municiones más, pero dos golpes en la puerta de madera que nos separaba del mundo exterior lo hicieron detenerse.

Laurent levantó la cabeza y vio a los otros dos.

"No esperamos a nadie".

"Entonces...".

"Abre".

Laurent dejó caer el cigarrillo al suelo y lo aplastó con su bota. Tomó el pomo de la puerta y abrió lentamente... su semblante entero cambio al ver quien estaba del otro lado.

"Ahri...".

Tanto él como Rico se incorporaron, mostrando algo más de firmeza. Flavio, por su parte, apenas si enderezó un poco la espalda.

"¿Viene a ver como va el interrogatorio, señor?".

"Eh, algo así".

La voz del otro lado de la puerta sonaba... joven, aunque rasposa. Cuando Laurent se hizo a un lado, pude ver a un cuarto hombre entrar. Era un tipo bajito, delgado aunque fibroso. Tenía la piel

bronceada y el cabello castaño, y unos penetrantes ojos verdes. Era una vista rara. Un solo vistazo bastaba para darte cuenta de que debía ya haber cumplido los treinta años, aunque ni su voz ni la definición de su cuerpo eran prueba de ese hecho.

Casi ignorando a los otros dos, el hombre, el cual llevaba una camisa negra floreada y unos pantalones ajustados del mismo color, se acercó a Flavio; en consecuencia, a mí.

"Fuh... míralo. Creí haberte dicho que fueses gentil, Flavio".

"No quería hablar, así que debimos tomar medidas drásticas".

Ese al que llamaban el 'Ahri' me vio de arriba a abajo con la sonrisa de aquel que ve un animal siendo rescatado de la calle.

"Escuché el disparo. ¿Estás jugando a eso de nuevo?".

"Es un método efectivo. Solo gracias a esto fue que soltó unas cuantas palabras

que podrían resultar... más o menos útiles".

"Estás enfermo, viejo".

El Ahri palmeó el hombro de Flavio, y este último se levantó resignado de su asiento para dar lugar a que su jefe pudiese sentarse.

Se colocó frente a mí, con una postura claramente relajada y hasta un poco indefensa. Leyó mis heridas con la mirada y suspiró. Luego habló, aunque esas palabras no iban dirigidas a mí.

"Lo dejaron hecho pedazos... estoy seguro de que fue Rico. Animal, no sabes contenerte".

Rico tan solo se rascó por encima del hombro, negándose a replicar.

"Tampoco lo alimentaron ¿no? Es un milagro que siga despierto".

"Le...".

El Ahri vio a Laurent, quien prosiguió con un tono de fingido desinterés.

"Le hicimos pasar hambre, también sed. Algo...".

"'Algo iba a decirnos si lo quebrábamos del todo', ¿verdad?".

El Ahri adivinó las palabras de Laurent y este último resopló.

"Idiotas. ¿No les basta con una mirada?".

Me tomó del flequillo y me hizo levantar la cabeza. Lo miré a los ojos, y él se deleitó en mi inerte mirada.

"Este... este tipo ya está quebrado. Ha estado quebrado desde mucho antes que Rico comenzara a golpearlo. Si algo lo hizo hablar, fue seguramente el miedo a morir como un perro. Siendo ese el caso...".

Me soltó y se secó la mano en su pantalón.

"Podrías haberlo hecho hablar desde el principio sin necesidad de arruinarlo de esta forma. Salvajes. Ineficientes".

Ninguno parecía realmente percibir alguna ofensa de parte del jefe, asumí que porque ya estaban acostumbrados a ese tipo de trato. Giró la cabeza para verlos y les hizo una sola seña con la mano, lo cual fue lo único necesario para que los tres emprendieran camino a la puerta.

"Me haré cargo a partir de ahora. Si alguno entra antes de que yo se los diga, los tres van a tener solo agua y pan el resto del mes".

Y salieron. El silencio reinó durante algunos segundos durante los cuales el Ahri no dejó de ver la puerta. Comencé a impacientarme cuando ya hubo pasado un minuto entero. Chasqueé la lengua, y justo

entonces él habló.

"Rico si sigues escuchando juro que voy a cortarte una oreja".

Oí unos pasos alejarse a toda prisa, y no pude evitar sentir un atisbo de admiración. No por el miedo que infundió esa amenaza, sino por el hecho de que pudiese saber quién era exactamente el subordinado que se había quedado a espiar.

Finalmente, giró sobre el asiento y me miró casi que con los ojos de un niño curioso de saber qué es capaz de hacer su nuevo robot de juguete.

"Viktor Bahramian".

No respondí. No supe que decir, aunque no era difícil entender que me estaba diciendo su nombre. Así, tan banalmente, tan desinteresadamente. En ese instante, el remanente de la adrenalina que recorría mi cuerpo se disipó y sentí un profundo dolor en cada una de mis terminales nerviosas.

Pero... no importaba. La actitud de ese hombre era tan extraña que se llevaba toda mi atención.

"Alez... Alez Braviel".

Esbozó una sonrisa marcada al escuchar mi nombre, y algo me decía que no era tan solo alegría de verme tan cooperativo.

"Alez... bien. Buen nombre. Corto, fácil de recordar. Hay un tipo en la base llamado Llewellyn al que evito a toda costa porque detesto su nombre".

No era como si estuviese intentando crear un ambiente ameno para los dos, solo... solo decía lo que quería. Hacía lo que quería. El mundo era suyo.

"Olvídate de tu apellido. Ya no es, ni será importante".

"¿El tuyo lo es?".

"Para algunos, sí, pero tú no reaccionaste

al oirlo, así que supongo que también puedes olvidarlo".

"¿A qué te refieres con...?".

"Alez".

Ese tono asertivo, más no autoritario, me hizo enderazar la espalda una vez más, como si fuese un perro que escucha la voz de su dueño.

"Alez... siete".

"...".

"No, no mataste a siete de los nuestros".

"Fueron... solo siete".

"No, no...".

Se puso de pie de un salto y pateó su propio asiento a un lado, haciéndolo estamparse contra la pared. El ruido se perpetuó por unos instantes, antes de que su voz volivese a ser la protagonista de la escena.

"Fueron muchos más que siete. Apuesto

que fuerzon docenas de ellos. Lo has hecho muchas veces a lo largo de los años, mermando nuestras fuerzas grano a grano, como... hm... como una termita corroyendo la pata de una silla, sin siquiera saber que podría hacerla caer con el suficiente esfuerzo... y el suficiente hambre".

"...".

"¿Cuántos fueron?".

"...".

"Alez, no te quedes callado".

Se acuclilló frente a mí y centró su vista en algún punto incierto de mi rostro.

"Es una charla entre... casi amigos, Alez. No tienes nada que ocultar".

"¿Amigos...? ¿Qué... mierda estás diciendo?".

"Ah, Alez...".

Chasqueando la lengua en amplia decepción, se levantó y golpeó dos veces el

suelo con la punta de su bota. Lo noté meditativo durante algunos segundos. Se rascó la nariz, murmuró algo entre dientes y comenzó a caminar a mi alrededor.

"Bien, cambiemos de pregunta".

"No te entiendo".

"¿Qué crees que voy a hacer contigo?".

"Matarme una vez obtengas lo que quieres de mí".

"¿Es algo que tu has hecho antes? ¿A un Amere, quizás?".

Tragué saliva, pensando en si debería o no responder a esa pregunta. Sin embargo, él se adelantó antes de que pudiese tan siquiera abrir la boca.

"¿En verdad lo hiciste? Estás podrido por dentro, Alez".

No había rastro de burla o de provocación en su voz, sino de genuino asombro.

"No, no es eso lo que tengo en mente. Dime, ¿qué bien me traería matarte?".

"Eliminar una amenaza... supongo".

Soltó una corta risa nacida de su garganta antes de seguir.

"¿Una amenaza? ¿En verdad te crees una amenaza para nostros, Alez? Tal vez... tal vez lo fuiste en ese momento, en esa situación, y tan solo para aquellos que tuvieron la mala suerte de encontrarse del otro lado de la mira de tu arma. Pero, ¿para mí? ¿Para Amere? Alez...".

Estando detrás de mí, palmeó dos veces mi hombro.

"No eres una amenaza; ni siquiera eres una molestia".

Su voz sonó cercana y me provocó escalofríos. Lo noté acercándose, y pronto

sentí la calidez de su aliento cerca de mi oido.

"Así que dime, Alez. ¿A cuántos de los nuestros les has puesto fin?".

"A... docenas".

"¿Docenas?".

"Tal vez... tal vez cien...".

"Más de cien, ¿eh...? Alez... eres todo un asesino, una absoluta máquina de tomar vidas".

Me palmeó una última vez y fue en busca de su asiento.

Yo solo podía verlo, repitiendo las mismas palabras que le dije, en mi cabeza. No era algo en lo que nunca hubiese pensado antes. Tanto, tanto me costó apretar el gatillo la primera vez, pero tantas, tantas vidas había quitado desde entonces. Claro que no me sentía culpable por... casi ninguna de ellas, pero aquello no quitaba el peso de mi espalda.

Volvió a sentarse frente a mí.

"Ese es tu valor".

"¿Valor?".

"Claro, tu valor. Es el valor que yo te asigno. Como soldado, como bestia. Acabaste con cientos de mis hombres. En uno u otro aspecto, fuiste mejor que cada uno de ellos individualmente. Tan solo eso te convierte en alguien valioso en mis ojos".

"Muchos murieron por la espalda, muchos siendo emboscados".

"¿Y qué? Sigues aquí, hablando conmigo mientras a ellos se los comen los gusanos. Eso, solo eso, es lo único que importa, Alez".

Dejé caer mi cabeza y vi los pies tanto suyos como míos.

"Creo... creo entender lo que intentas. Estás... estás loco".

"No, no estoy loco. Solo sé hacer valer cada oportunidad que llega a mí. Dejarte ir

sería haber perdido la fuerza de, digamos, cien hombres en vano. En cambio...".

Esta vez no me tomó por el cabello, sino que me levantó sosteniendome por los brazos, como quien anima a un compañero que ya no tiene los ánimos de seguir luchando.

"En cambio, si te unes a nosotros, habré ganado la fuerza de ciento un hombres a cambio de cien. ¿No es ese un buen negocio?".

"Me oíste... me oíste hablar. Odio a Amere. Te odio a tí, a tus compañeros y a tus subordinados, y te metería una bala en el cráneo si tuviera la chance de hacerlo ahora mismo".

"¡Ha! Puede que sea verdad, pero yo no necesito que me quieras, Alez, solo necesito que pelees por mí, y eso... es algo que harás, con los incentivos necesarios".

"Sí, tenía razón. Estás loco, demente, como un puto enfermo...".

"Pronto cambiarás de idea. No dejarás de

odiarme, eso lo sé, pero entenderas que... no, ya lo entiendes."

Me dejó reposando contra el respaldar de mi silla y tomó rumbo a la puerta, con la liviandad de quien sea pasea por su jardín una tarde de verano.

"Es mucho más útil odiar este mundo que odiarme a mí, quien al menos te está brindando la oportunidad de dejar de vivir como un perro".

Con la mano en el picaporte, me habló sin verme.

"Vendré a verte más tarde, necesito comer algo. Los muchachos volverán, pero tranquilo, no van a golpearte. Es solo que necesito que alguien te cuide. Después de todo... sería un problema que intentases suicidarte mordiéndote la lengua, o alguna otra estupidez como esa".

Y salió del cuarto, dejando el eco de sus

palabras rebotando en todas las paredes, y a mí casnado, desganado y abatido, sintiéndome en absoluta derrota ante poderes que escapaban completamente de mis posibilidades.

. . .

No estaba equivocado. Eso es al menos lo que sentí en ese momento. Si intentaba ser práctico, no era mentira que el mundo, en su estado actual, era mucho, muchísimo más odiable que él, o que Amere. Amere no dejaba de ser el culpable principal de que las cosas hayan terminado así, eso estaba claro, pero no podía achacarle toda la responsabilidad. Los apátridas, los bandidos, los propios militares que traicionaron a sus países; Amere no tenía nada que ver con ellos, eran ellos quienes, por propia volición, se alineaban con la maldad para perpetuarse, para seguir ahí. Yo tampoco era eximio, puesto que mis manos también habían cometido actos delesnables en pos de mi propia prosperidad.

Podía odiar a Amere, podía odiar a los apátridas, podía odiar a los bandidos, podía odiar a los militares, podía odiarme a mí mismo... o podía odiar al mundo, como manifestación física de todos aquellos males. ¿Qué era el mundo, sino la caldera dentro de la cual toda aquella mierda hervía? La experiencia me había

demostrado que me era imposible vivir así, tan solo podía aspirar a sobrevivir un día más. No tenía intenciones de blanquear mis sentimientos para con Amere, pero podía usarlos, así como ellos podían usarme a mí. Una transacción inmoral e imperdonable, que me llevaría a ser uno más de aquellos a quienes tanto despreciaba. Codearme con quienes mataron a mis amigos y me separaron de todo lo que alguna vez quise y respeté; con quienes me robaron el futuro.

¿Qué tanto más ligera o pesada se sentiría la carga, si aceptaba aquella oferta? Andar por mi cuenta, desconfiando de todo, ya me había llevado a ser un enemigo de mis propios principios. ¿Qué cambiaría al unirme a Amere? ¿Qué tanto más terrible podía ser?

De haber conocido la respuesta a esa pregunta en aquel momento, tal vez no estaría donde estoy hoy.

No tenía ya a quien rendirle cuentas. Ni una familia ante la cual mostrarme íntegro, ni unos amigos a quienes no defraudar, ni

un país al cual servir, ni un Dios a quien pedirle perdón. Estaba solo. Si así era, ¿por qué no dar el paso al frente, dejándome caer a un abismo en el cual nadie juzgaría mis acciones? Nadie a quien decepcionar significaba además nadie a quien impresionar. Qué existencia tan vacía, pero que liberadora. Amere... ¿qué significaba Amere? ¿Perdería mi nombre? ¿Dejaría de ser yo?

El agua en el suelo me entregaba mi propio reflejo, en aquel cuarto semioscuro que parecía imitar la misma opresión que el futuro ejercía sobre mi corazón.

...

Quería vivir.

. . .

No sé cuántos días más pasé en esa habitación.

El Ahri no mintió: no volví a recibir un golpe, ni siquiera un maltrato. Me alimentaban, me daban de beber, y hasta me vendaban los ojos para llevarme a un

baño donde asearme. Eventualmente, me quitaron todas mis ataduras y me permitieron moverme con libertad en aquel cuarto. Él venía a visitarme muy a menudo, varias veces por día. Me hacía hablar de mi pasado, de mis habilidades, de mis gustos y, a cambio, me contaba cosas de él, aunque siempre eran muy superficiales, como su comida favorita o sus gustos musicales. Comenzó a abrirse más cuando le conté del día en que Zara murió.

"¡Ah, el ataque a la base en Trento! Sí, recuerdo eso. Es gracioso, porque yo quería estar a cargo de esa operación, pero se la dieron a alguien más. Si me hubiesen hecho caso, no habría sido el fracaso que terminó siendo".

"... ¿fracaso?".

"¿Hm? Claro, fue un fracaso. El imbécil al que pusieron al mando subestimo la rapidez de los refuerzos enemigos. Los nuestros no llegaron a tiempo y nos vimos obligados a retirarnos".

Recuerdo verlo desde mi silla, seguramente con cara de no terminar de entender lo que me decía. Él rió y continuó.

"Aunque supongo que ya no estabas ahí para cuando eso pasó. Debes tener una suerte horrible. De igual manera, fue un puñetazo muy fuerte que quebrantó la poca resistencia que le quedaba a los italianos. Ganamos a largo plazo, pero... tch, tan solo odio saber que yo podría haber hecho un mejor trabajo. Mira, si yo hubiera estado dando las órdenes, te aseguro que no estarías aquí para escucharme a día de hoy".

Laurent, en la esquina de la habitación con un cigarrillo entre los labios, dejó escapar un resoplido. El Ahri lo vio y cambió ligeramente de tema.

"¿Sabes? Ese infeliz en la esquina tiene una historia parecida a la tuya".

Se ahogó con el humo de su propio cigarrillo.

"Lo encontramos herido en una estación de policia al sur de Bélgica, con los cuerpos de dos de los nuestros a sus pies. Era el único vivo de todos sus compañeros. Hey, Laurent, ¿te acuerdas?".

"Claro que me acuerdo...".

Dijo entre dientes, secándose con un pañuelo los ojos humedecidos, producto del humo.

"Desde el suelo, cubierto de sangre, nos apuntaba con un cuchillo y nos aseguraba que iba a cortarnos en pedacitos si nos acercábamos. Fue fácil de convencer, mucho más fácil que tú, al menos".

No respondí.

"Eso fue... hace unos dos años, creo".

"Dos años y tres meses".

"Eso, dos años y tres meses".

Mi vista pasó de Laurent al Ahri, y luego de vuelta a Laurent. Dudé algunos segundos y alcé la voz.

"¿Puedes darme un cigarrillo?".

Tanto él como el Ahri intercambiaron miradas, como si se comunicasen telepáticamente. El último sonrió, y Laurent se acercó, dejando entre mis manos un único cigarrillo junto a un encendedor. Lo prendí y dejé que el humo llenase mis pulmones.

No entendí, en ese momento, lo que significaba el gesto que el Ahri tenía en el rostro. Caminó hacia mí, me palmeó el hombro y se alejó, diciendo que volvería a visitarme al anochecer.

. . .

Al día siguiente, salí del cuarto sin la venda en mis ojos. Escoltado por Laurent y Rico, caminé por el pasillo de lo que entonces reconocí como el subsuelo de una escuela. Me hicieron subir las escaleras, y vi la luz del sol entrar por las ventanas, luz que en algún momento creí no volver a ver jamás. Vi muchos rostros que desconocía, aunque ellos apenas si reparaban en mí. Miembros de Amere iban y venían de un lado al otro, algunos cargando cajas con munición o alimentos, y otros equipados con sus respectivas armas, seguro camino a cubrir algún puesto de guardia.

Casi sonrío por la ironía cuando me hicieron cruzar por la puerta que decía 'Director', y del otro lado estaba el Ahri sentado frente al escritorio, leyendo un libro cuyo título no me molesté en recordar.

"Buenos días, Alez. ¿Pudiste descansar? Anoche les ordené a estos chicos que dejaran un colchón en tu cuarto para que pudieses dormir cómodo. ¿Lo hicieron?".

"Sí, lo hicieron".

"Qué bien. Si decías que no, habría hecho que Laurent mordiese a Rico en las pelotas como castigo".

Dejó el libro en el escritorio y se puso de pie. Caminó a la ventana que estaba justo detrás de él y cerró un poco las cortinas.

"Bien, al grano. Se requiere mi presencia en... en otra base, Alez. Serbia es un lindo lugar, pero me necesitan en Francia. Tengo que irme, y conmigo se van esos tres amigos que hiciste estos días".

Volteó para verme. Hice el mismo gesto pero, para mi sorpresa, ya ni Rico ni Laurent estaban en la oficina.

"También quiero llevarte conmigo, Alez. Dejarte pudriéndote aquí sería un desperdicio, y yo odio las decisiones que no llevan a nada. Aun más, odio cuando la falta de decisión lleva a la baja efectividad".

Algo en sus ojos y en sus palabras era distinto. Creo que esa fue la vez que comprendí quién era realmente Viktor, y quién era aquel al que llamaban el Ahri.

"Te conozco lo suficiente, he aprendido de ti tanto como quería, y tal vez un poco más, y ya no me cabe duda alguna. Vas a unirte a nosotros, Alez".

Quise hablar, pero me interrumpió. Sus botas castigaban el piso de madera y lo traían hacia mí. Yo era más alto pero, ante él, me sentía como un insecto viendo a un titán.

"No, eso no es lo que quiero decir. Amere te importa una mierda; no conoces ni te interesa nuestra causa, y a estas alturas ya te da completamente igual si ganamos o perdemos nuestras batallas. No tienes nada ni nadie por qué luchar. Entonces, Alez, permítime, por primera y única vez, hacerte formalmente esta oferta: ven conmigo. Únete a las filas de Amere,

pero pelea para mí. Sé parte de mi guardia personal y tan solo acata mis órdenes. No te estoy pidiendo que seas un soldado más, no, claro que no. Te necesito justo detrás de mí, listo para desenfundar tu arma y jalar el gatillo cuando escuches mi voz".

Estiró su mano hacia mí, mostrando todavía esa despreocupada sonrisa de aquel cuyas cartas forman un póker de Ases.

"Serás uno entre miles, y ese será el trato que recibirás. Todo lo que pido a cambio es tu destreza y tu lealtad. Ese odio que llevas en el pecho, ese odio al mundo; deja que sea él quien le de forma a un futuro mejor".

Pensé en innumerables cosas que responderle. Me imaginé golpeándolo, arrojándolo al suelo y estrangulándolo. Pensé en lo que ocurriría después de eso, y en como mi sangre y la suya se mezclarían a nuestros pies. Pensé en lo mucho que había caminado hasta llegar frente a él. En

toda la gente a la que le disparé; en todos los combates de los cuales huí. Recordé todos y cada uno de los basurales que escarbé en búsqueda de algo para comer y las botellas que dejé fuera de mis refugios para recoger algo de agua de lluvia para beber.

Fue entonces que llegué a la conclusión más egoísta a la que puede llegar un hombre: si el mundo ya está perdido, entonces no tiene sentido pelear por él, y no existe pecado en empeorarlo si con eso puedo asegurarme una cama y una comida caliente.

Mi mano estrechó la suya y vi por el rabillo del ojo, durante un instante, los rostros de Zara y David, difuminándose en la oscuridad del futuro que me aguardaba.

El Ahri asintió con la cabeza, escribiendo su nombre en el libro de mi vida.

"Bienvenido a Ameretat, Alez".

Mayo, 2031

"¡Es el último!".

"¡Rodealo! ¡Que no salga del restaurante!".

Angelique acató la órden con la velocidad de un rayo y se perdió completamente de vista. Cambié el cargador de mi G36 y me asomé por encima del capó del auto que usaba como cobertura. Del otro lado de la calle vi la puerta del mencionado restaurante cerrarse y al último de aquel grupo de seis bandidos buscando una salida, arrojando sillas y mesas fuera de su camino. Intenté alinearlo con las miras de mi arma, pero los oscurecidos cristales no me dejaban ver con claridad. Podría haber abierto fuego de igual forma, pero no quería delatar mi posición sin estar seguro de tener la posibidad de hacer un tiro certero.

Hubo silencio durante algunos instantes, que luego fue reemplazado por el ruido de los disparos del Rattler de Angelique seguido de dos disparos de escopeta. Me

brindó tranquilidad el volver a escuchar el arma de Angel tan solo segundos después.

Nuevamente pude ver movimiento dentro del restaurante; entendí que mi compañera había efectivamente privado a nuestra presa de la chance de huir por la puerta trasera. Seguramente desconociendo mi ubicación, el bandido se quedó quieto mirando hacia afuera por las ventanas, tal vez ideando una nueva ruta de escape. Supe que no iba a tener una oportunidad mejor que esa, así que asomé mi rifle y abrí fuego. Varios orificios se formaron en el cristal, e instantes después oí un grito apagado. Creí por un segundo que todo había terminado, pero el sonido de una explosión y el de los consiguientes perdigones impactando contra el vehículo me hicieron arrojarme al pavimento en búsqueda de cobertura.

"Hijo de puta. ¡Angelique! ¡¿Me escuchas?!".

"Sí!".

"¡Está herido pero aún puede disparar!".

No quise darle mucho tiempo para pensar así que, aunque incierto de su posición actual, me arrastré hacia el lado opuesto del auto y me asomé para seguir disparando. Pude ver a Angelique oculta detrás de una de las paredes laterales del restaurante, atenta a cualquier oportunidad que se presentase para ingresar y acabar con el objetivo a corta distancia. Algo debió de ver, puesto que abrió fuego sin dudarlo y volvió a ocultarse justo antes de que el enemigo también disparase. Tal vez no preveyó que las balas de Angelique debilitarían el cristal lo suficiente como para que el poderoso disparo a corta distancia de su escopeta terminase por crear un enorme hueco en la ventana, el cual me permitió ver a través para por fin acabar con el intenso enfrentamiento.

Apreté el gatillo y no paré hasta que al menos diez municiones hubiesen sido percutadas. No oí un grito, pero si pude ver la escopeta caer torpemente al suelo. Al verme levantarme, mi compañera salió de su cobertura y espió dentro del local con el

cañón de su arma por delante, asestando el tiro de gracia antes de que yo llegase.

Oí los suspiros entrecortados de su agitada respiración al ponerme a su lado y ver el desastre rojo al que el bandido había sido reducido. Puse una mano en su hombro para calmarla, y ella volteó a verme, bajando su rifle.

"Era el último, ¿no? Bien hecho".

"Sí, tu también...".

Asintió débilmente y respiró hondo sin quitarme los ojos de encima. Devolviéndole la mirada, noté un muy pequeño corte en su mejilla, del cual caía un hilo de sangre que bajaba hasta su mentón.

"¿Y esto?".

Dije al limpiarle la sangre con mi pulgar.

"Ah, fue allí detrás. Tuve que tirarme al

suelo para cubrirme, y creo que me lo hice al caer. No es nada, no duele".

"¿No duele...?".

Negó con la cabeza, y la cola en la que estaba atado su cabello ondeó levemente.

"... igualmente vamos a desinfectarlo, solo para estar seguros".

Entonces asintió y vio en dirección al pobre bandido que tuvo el infortunio de cruzarse con nosotros mientras explorábamos un determinado sector de la ciudad.

"Voy a revisar sus bolsillos y su mochila. Alez, creo que uno de los otros bandidos llevaba un 5,56, iré por él. Podríamos-".

"No".

"¿Alez?".

"Nos vamos. Estamos muy lejos de casa. Hacía mucho que no nos alejábamos tanto y no tenemos idea si hay otras personas

cerca".

Pensó en responderme por unos instantes, pero entendió mi punto y me siguió sin dudarlo.

Ya de regreso en casa, era cerca del mediodía. Nuestras armas y abrigos descansaban sobre la mesa y ambos vestíamos mucho más ligeros. Yo, de rodillas en el suelo, frotaba alcohol sobre la herida de Angelique, sentada en el sofá, y ella cerraba los ojos con fuerza para aguantar el dolor.

"Ten más cuidado la próxima vez".

"Sí...".

Le puse un trocito de cinta médica y la presioné con mis pulgares.

"Alez...".

"¿Si?".

"¿Has notado...?".

"¿Que la ciudad ya no es tan tranquila

como antes?".

"Sí...".

"Sí, parecen venir del norte. No sé que ha pasado allá arriba, pero los últimos cuatro o cinco grupos de bandidos han venido todos de la misma dirección. Tal vez hubo un desplazamiento, o alguna comuna cayó y sus miembros han comenzado a vagar. No lo sé, pero vamos a tener que tener más cuidado".

Se tocó la herida con la punta de sus dedos y me preguntó con timidez.

"¿Vamos... a tener que mudarnos?".

"Espero que no sea necesario, aunque no lo descarto".

"Entiendo...".

Me levanté y estiré mi espalda hasta hacerla crujir.

"Voy a preparar el almuerzo. Tú descansa hasta que esté listo. Lo hiciste muy bien

hoy".

"¿Puedo ayudarte?".

Dijo siguiéndome con la mirada. Yo acaricié su cabeza antes de alejarme.

"Si eso quieres".

July 17, 2025, 8:56 p.m. 0 comments

FOLLOW STORY Report

/EN/DASHBOARD/CHAPTER/1681735/LIKE/#LIKED-BUTTON-1681735)

Read next chapter > Capítulo Veintitrés: Angelique XI

ADVERTISEMENT

Leave a comment

EC

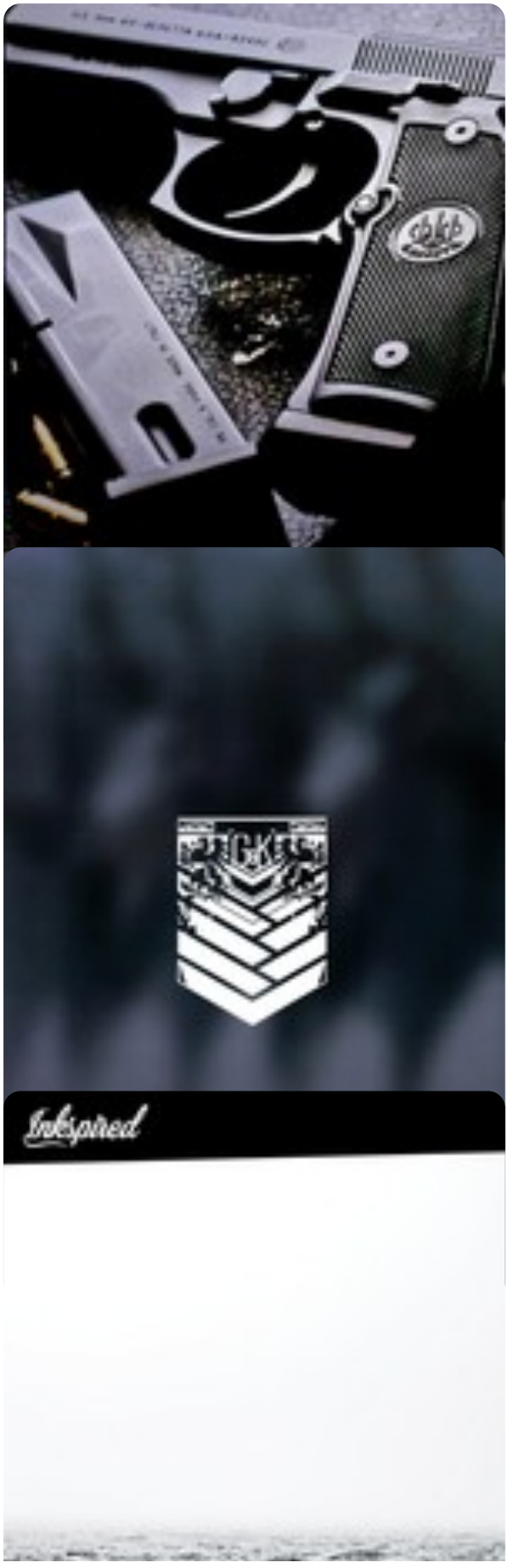
1000 characters left

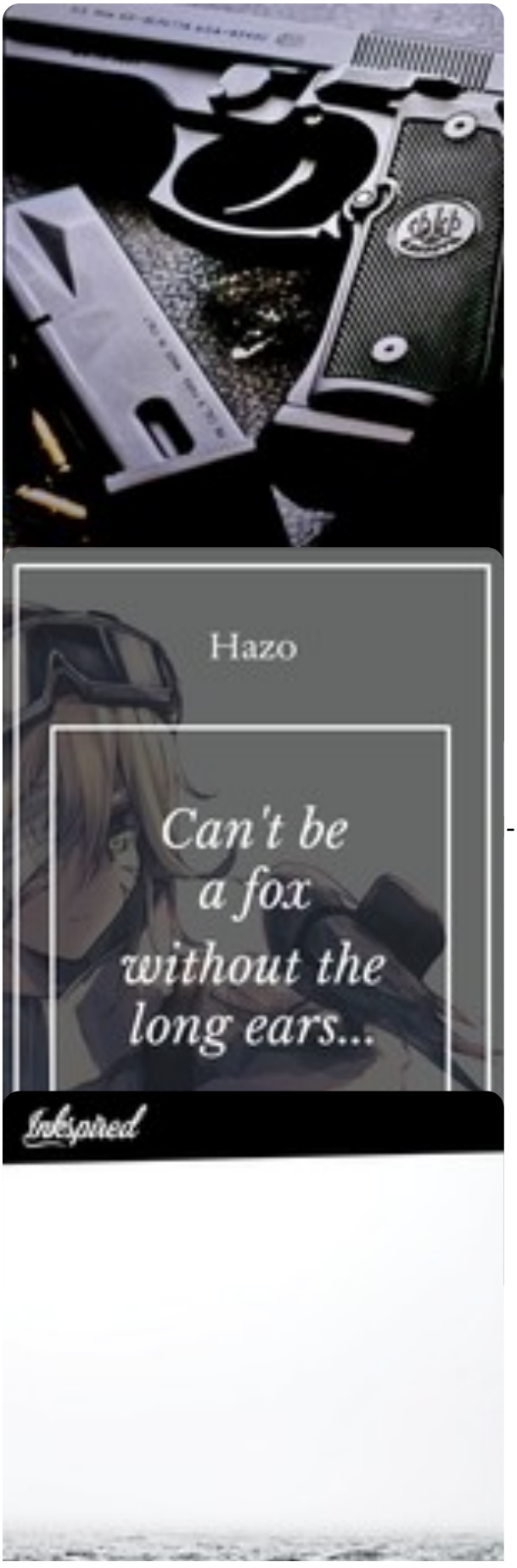
Send

No comments yet. Be the first to say something!

~

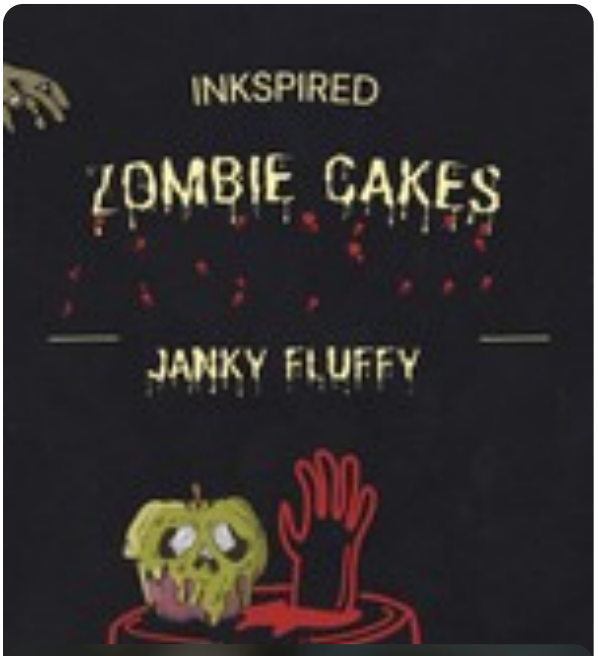
Related stories

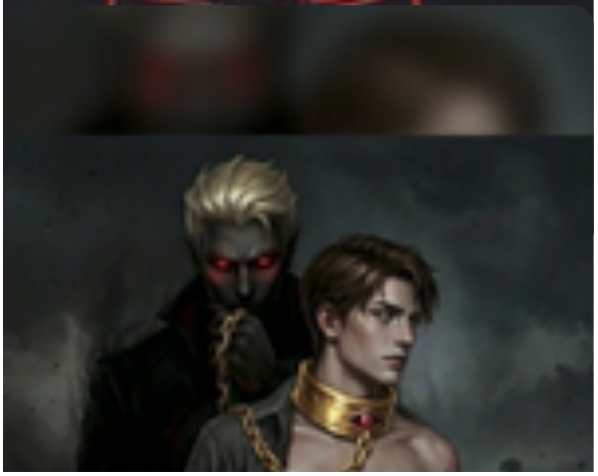




Gray Aria [Español]
(/en/story/185283/gray-aria-espanol/)

More stories





(/en/)

Pandora: New era

(/en/story/686518/pandora-new-era/)

THE LAST REALM: CHRONICLES OF NAN GUN ...

(/en/story/680599/the-last-realm-chronicles-of-nan-gun-book-one-the-unwilling-seed/)

© 2026 Inkspired®
User-submitted content subject to its own terms.
Proudly made in EC.

Stories that will **inspire** you.

(https://www.instagram.com/getinkspired) (https://www.x.com/getinkspired)
(https://www.facebook.com/getinkspired)
(https://www.youtube.com/@getinkspired)
(https://www.linkedin.com/company/inkspired)
(https://www.producthunt.com/posts/inkspired-2)
(https://discord.gg/ZAKyBsSfnR)

COMPANY

About us (/en/about-inkspired/)

Blog (/en/blog/)

Creators & Authors (/en/creators/)

Rewards Program (/en/rewards-program/)

PRODUCTS

Self-publishing services (/en/selfpublishing/)

Inkspired Store (/en/store/)

Mobile app (/en/mobile/)

Inkspired Writer app (/en/writer/)

Inko, Inka & Katze (/en/inko-inka-katze/)

Upgrade to Premium (/en/premium/?ref=footer)

Universes: Narrative Worldbuilding (/en/universes/?ref=footer)

Collectible Cards (/en/cards/?ref=footer)

Merch Shop (https://shop.getinkspired.com/?ref=website-footer)

COMMUNITY

Read stories (/en/discover/)

Events & Writing Contests (/en/events/)

BETA readers network (/en/beta-readers/)

Become an ambassador (/en/ambassadors/)

Writing tips (/en/blog/944/writers-blog/)

Community Groups (/en/communities/)

Latest Newsletter (/en/newsletter/)

SUPPORT

Community Guidelines (/en/community-guidelines/)

Verified Stories (/en/verifiedstories/)

FAQS (/en/faq/)

Advertisement and
Sponsored content (/en/sponsored-content/)

Contact us (/en/dashboard/getSupport/)

Privacy Policy (/en/privacy-policy/) Terms of use (/en/terms-of-use/)